



Martin Heidegger

EDITORIAL

MARTIN HEIDEGGER, DE NUEVO: HACIA LA EXISTENCIA AUTÉNTICA EN EL FILO DE LA CONTRADICCIÓN

Jorge Castro

Pensamiento, Universidad Comillas, Madrid

Las motivaciones reales o aparentes —individualmente sostenidas o socialmente aceptadas— nos trasladan del ámbito del conocimiento teórico al ámbito del sentido común práctico y de la cotidianidad. Nos interpelan invitándonos a buscar cuánto hay de autenticidad o inautenticidad en nuestras intenciones y decisiones. Estos términos de autenticidad e inautenticidad son muy propios del primer Heidegger de *Ser y tiempo*, aunque con otros matices. Puede que el análisis de Heidegger no nos satisfaga en todos sus extremos; y puede que también nos preguntemos si su indagación sobre el ser y su olvido en la historia de la filosofía es o no feliz; o si su planteamiento es deudor de una inspiración absolutamente nihilista, o más bien de una suerte de teología secularizada y camuflada.

Pero hay en *Ser y tiempo* algunos datos que invitan a pensar, aunque no se esté de acuerdo con Heidegger. El primero es la dedicatoria de la obra «a Edmund Husserl, en señal de veneración y de amistad». Obviamente, Husserl no parte de la consideración del conocimiento a partir de una existencia ya inserta y absorta en el mundo (*Welt*) del que se ocupa¹, ni de los temas de la cotidianidad y del estar con los otros (*Mitsein*), o de los modos del cuidado (*Sorge*)². ¿A qué viene entonces lo de dedicar *Ser y tiempo* a un maestro de cuya línea Heidegger diverge notablemente? ¿Es mero agradecimiento elegante? Los

¹ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 13, 61.

² Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 26, 117-121; § 41, 192-196.

profesores Reale y Antiseri coinciden con Sofía Vanni-Rovighi en comparar a un Husserl de mentalidad científica y un Heidegger de perspectiva humanística³. Parece como si Heidegger agradeciera a su maestro, en primer lugar, haberle abierto los ojos para filosofar y, en segundo lugar, para filosofar explorando algunas sendas y terrenos que Husserl no había tocado. Consiguientemente, surge la pregunta sobre qué campo ha de ser preferido, si el de la teoría de la ciencia o el del sentido común. De preguntárselo a Lonergan, conocido filósofo norteamericano, diría que ambos⁴. En tal caso, Husserl y Heidegger pueden ser más complementarios que opuestos en sus respectivos acentos de búsqueda filosófica.

Pero consideremos ahora algunos señalamientos del 'primer' Heidegger, relacionados con la autenticidad e inautenticidad. Un condicionamiento que revisite a la existencia inauténtica es la dictadura de lo impersonal (*das Man*). Lo impersonal, además de prescribir cómo se deben comportar todos, tiene una función tranquilizadora, de 'aligeramiento' de la existencia, para que se haga 'fácil'⁵. Por ejemplo, un caso límite que se domestica lo mejor posible, el de la muerte, se propone, desde la perspectiva impersonal, afirmando que la gente 'se' muere. Algo que toca a todos y en el fondo a nadie⁶. Quizás muchos prefieran esquivar el tema. Parece que también hoy 'se' hace así, al disponerse de muchos más medios para 'disfrazar' o sacar de escena el tema de la muerte, o tratarlo de manera trivial, 'televisiva', de modo que, en el escenario global, la muerte ha desaparecido 'virtualmente'⁷.

Fuera del horizonte de producir o consumir, parece no haber ninguna otra alternativa por la que esperar. Cada uno se comporta como se comportan los demás, y todos lo hacen como prescribe el 'uno' impersonal, que no es la suma de 'todos', ni tampoco 'alguien' cuya identidad corresponda a un 'quién', sino 'nadie'; de este modo, ningún 'yo' es propiamente 'él mismo', y podría sospecharse que ello es tanto más así, cuanto más fuerte grite un tal 'yo' insistiendo en que sí es 'él mismo'⁸. Quizá, desde estos señalamientos, haya que repensar la categoría de 'alienación', perfectamente capaz de operar fuera o más allá del contexto de un análisis marxista sobre la situación obrera, en el escenario industrial anterior a la globalización. Lo impersonal invita a tratar la muerte, o muchas otras realidades de las que se prefiere no hablar, simplemente mirando hacia otro lado. La muerte (u otra situación límite) me tocará algún día, pero puedo estar 'tranquilo', porque eso no es ahora⁹. Quizá sea mejor sumergirse en la coti-

³ GIOVANNI REALE y DARIO ANTISERI, *Historia del pensamiento filosófico y científico* (traducción de Juan Andrés Iglesias), vol. 3, Barcelona, Herder, 1988, 526.

⁴ Cf. LONERGAN, *Método*, 87; *Insight*, 500-501.

⁵ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 27, 126-127.

⁶ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 51, 253.

⁷ Véanse al respecto algunas consideraciones de MANUEL CASTELLS, *La era de la información* (traducción de Carmen Martínez Gimeno y Jesús Alborés), vol. 1: *La sociedad red*, Madrid, Alianza, 2001 (1997), 528-532.

⁸ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 25, 115.

⁹ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 52, 255.

dianidad y ocuparse con las cosas que se tienen a mano, pero a modo de huida más que de cuidado de las cosas; y también en el estar entre los otros, pero desde maneras impropias de existir. Entre éstas figuran la habladuría, la curiosidad, la ambigüedad (los modos del ‘decirse que’, ‘saberse que’, y ‘portarse o conducirse como’ impersonales)¹⁰. También tenemos la indiferencia¹¹, el reemplazo (esto es, el cuidado sobre el ‘otro’ que lo ‘reemplaza’ tomando su lugar, haciéndolo dependiente o dominado)¹², la reserva, el ocultamiento y la simulación¹³. Son modos prácticos de relación, que pueden tocar a todos, o a muchos, aunque en el fondo no toquen a nadie en particular¹⁴. Habrá que escuchar la llamada de la conciencia a salir de la dictadura de lo impersonal, retomando el cuidado resueltamente¹⁵, para lograr una auténtica solidaridad, por la que cada uno sea él mismo y permita al otro serlo en libertad¹⁶.

Lástima que estos planteamientos, dignos de ser tenidos por filosóficamente relevantes para todo tiempo, puedan ser erróneamente enlazados con la horrenda opción política de Heidegger, en esa misma década de la aparición de *Ser y tiempo* y la siguiente. Una crítica dialéctica de este complejo asunto podría indicar de manera convincente la necesidad de mantener el esfuerzo de superar dicotomías en busca de integraciones filosóficas más amplias, protegiendo la tendencia hacia lo verdadero y bueno del impulso intencional, y preservándola de cercenamientos de los que se pueden seguir resultados aberrantes. ¿Se preguntó Heidegger por la posibilidad de que fuera él mismo una víctima de esa habladuría y curiosidad, con las que la dictadura de lo impersonal ilusiona a la gente, con la aparente garantía de que nada queda ‘incomprendido’ y se alcanza la ‘presunta autenticidad’ de una ‘vida plenamente vivida’?¹⁷.

¿Qué nos queda de Heidegger? Como decíamos, más allá del posible nihilismo y más allá de su posible teología secularizada y camuflada, más allá de su discutida ortodoxia fenomenológica, no parecería justo ignorar que Heidegger debe contar —junto al anarquismo, a Habermas, a Popper o al republicanismo político, por ejemplo— en la lista de quienes, desde diferentes puntos de vista y tradiciones de pensamiento, han tratado de reivindicar la dignidad del individuo para conducirlo hacia una existencia auténtica. Ha tenido la valentía de constatar en su analítica existencial cómo la experiencia de la muerte no nos instala en el abismo del nihilismo, sino en el trance de buscar la autenticidad preguntando dramáticamente por el sentido del Ser. Pero, además, ha tenido la delicadeza filosófica de dejar esta pregunta crucial, de revividos acentos presocráticos, sin responder. Quizá este silencio no sea un signo de «ago-

¹⁰ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, §§ 35-38, 167-175.

¹¹ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 26, 121-122.

¹² Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 26, 122.

¹³ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 26, 124.

¹⁴ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 27, 127.

¹⁵ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 57, 275-278.

¹⁶ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 26, 122.

¹⁷ Cf. HEIDEGGER, *SuZ*, § 36, 173.

tamiento» filosófico, sino una muestra final de respeto a la dignidad de un individuo que debe comprometerse personalmente en construir «su» sentido del Ser. Sentido que quizá no coincida con el de otros hombres, pero que será auténtica y honesta manifestación de su libertad. Cuando Heidegger, poco antes de morir, en la célebre entrevista en *Der Spiegel*, nos decía que «nur ein Gott kann uns noch retten», se trataba probablemente de una última vivencia personal del sentido, no de una imposición que violara el enigma del Ser y la libertad del individuo.

JORGE CASTRO